

ESTUDIOS

SOBRE LA

HISTORIA ANTIGUA DE MÉXICO.

ARTICULO 8.º

LAS CALIFORNIAS.

Los emperadores de México, como los de Roma, vivían relativamente á lo que entonces existía en estas tierras, con un lujo que llamó la atención de los primeros europeos que pudieron observar todo lo que había de curioso y de raro en las costumbres de la gente mexicana. Las frutas más sabrosas, el oro, las perlas, las turquesas y las esmeraldas, los animales raros, las telas finísimas, todo lo poseían, y de todo hacían uso: así es que, aun cuando, por ejemplo, las perlas fuesen el producto de otras regiones lejanas, los magnates y los reyes las hacían venir expresamente, ó las adquirían de los mercaderes que recorrían constantemente todo el inmenso territorio comprendido desde las costas de un mar hasta las del otro. Como nada escapaba

al ojo investigador de Hernán Cortés, observó que entre la riqueza de las nobles familias indígenas, se contaba una cantidad de hermosas perlas, que le informaron que procedían de los mares apartados y lejanos que pertenecían á unos reinos poderosos, situados al Noroeste y Sur de México. El deseo de encontrar estos países, y en verdad sea dicho con la imparcialidad y justicia debidas, el gran pensamiento que desde luego concibió Cortés de comunicar los dos mares, le obligó á preparar por su cuenta las costosas expediciones que envió á Californias, según hemos indicado en el capítulo anterior, y de las que daremos en este una razón más especificada.

En el año de 1522 mandó construir Cor-

tés en el puerto de Zacatula dos bergantines y dos carabelas para explorar el mar del Sur; pero habiéndose quemado el arsenal, quedó diferida esta exploración hasta 1527, en que salió de Zihuatlan Alvaro de Saavedra con tres buques, que á poco se perdieron en las islas Molucas.

Luego que regresó Cortés de España, siguió adelante en su idea, y dispuso la construcción en Acapulco de dos buques, y concluidos que fueron, salieron á la mar en Mayo de 1530, á las órdenes de Diego Hurtado de Mendoza. Esta expedición, tan desgraciada como la primera, no produjo á Cortés más que disgustos y gastos de consideración. La tripulación de uno de los navíos se sublevó contra Hurtado de Mendoza, el que probablemente fué asesinado y arrojado á la mar, porque jamás se volvió á saber de él ni de su barco: el otro navío apareció algún tiempo después demantelado y roto en la costa de Jalisco.

Cortés, lejos de desanimarse con este contratiempo, mandó construir otros dos bergantines en el puerto de Tehuantepec, y tan luego como estuvieron listos los hizo salir á la mar, al mando de Fernán Grijalva, de Diego Becerra y de Ortún Jimenez que era el piloto. Grijalva navegó cosa de trescientas leguas; encontró una isla que llamó Santo Tomé, y probablemente el cabo de Californias, que después se ha llamado San Lucas, y contento con esto, regresó á las costas de México. Becerra hizo rumbo al Sur; pero una noche fué asesinado en su camarote por el piloto Ortún Jimenez, quien se alzó con la nave, y continuando su navegación, llegó hasta el hermoso puerto de la Baja-California, que se llamó después la Paz. En este lugar ó en algún otro cercano, saltó á tierra con veinte españoles, y todos perecieron á manos de los indígenas: los marineros que queda-

ron á bordo resolvieron regresar á México, y habiendo fondeado el buque después de una larga navegación en las costas de Jalisco, fué confiscado por Nuño de Guzmán, que entonces hacía sus hazañas por aquellas tierras.

Cortés no era hombre que desmayaba con las dificultades: volvió á disponer en Tehuantepec la construcción de otros dos bergantines, y no queriéndose ya fiar de ningún jefe ni aventurero, determinó hacer personalmente la exploración, y en efecto se embarcó en Chiametla el año de 1536, y con mejor fortuna que las anteriores expediciones, llegó al puerto de la Paz, reconoció toda aquella costa y se internó en el Golfo, que con mucha razón se llama hoy Mar Rojo ó de Cortés, porque á los afanes y constancia del marqués se debió entonces su descubrimiento. Como las anteriores expediciones habían tenido un fin tan trágico, se sonó tanto en México que Cortés había perecido, que su esposa, la marquesa de Zúñiga, á toda prisa envió en su busca dos navíos y dos carabelas, que lo encontraron sano y salvo, y le entregaron las cartas de la marquesa, del virrey y de la audiencia, conjurándolo á que se volviese, como en efecto lo verificó el año de 1537, dejando tres navíos al mando de Francisco Ulloa, para que continuasen los descubrimientos que por entonces no compensaron ni aun en esperanzas los caudales que en todo esto había empleado.

En 1540, Francisco de Alarcón, con dos embarcaciones, se hizo á la vela para el golfo de Californias, y se volvió á México al cabo de algunos meses, sin haber hecho ningún descubrimiento nuevo.

En 1543 el Virrey D. Antonio de Mendoza, envió una expedición á cargo de Juan Rodríguez Cabrillo, que salió del puerto de la Navidad, y con mejor acierto

y fortuna que las anteriores, reconoció el puerto de la Paz, la bahía de la Magdalena, la Sierra-Nevada y la de San Martín, la ensenada de Pinos y cabo que llamó Mendozino, en memoria del apellido del virey que había determinado la expedición.

D. Luis de Velasco, que sucedió en el vireinato á Mendoza, envió á las Californias el navío "San Agustín," el que regresó sin haber descubierto nada de particular.

Hasta el año de 1596, y siendo virey D. Gaspar de Zúñiga, se envió otra expedición á las órdenes de Sebastian Vizcaino, y que fué muy notable porque descubrió la Alta-California, y tomó posesion, en nombre del rey, de toda la tierra. En 1602 volvió de nuevo por aquellos mares Sebastian Vizcaino, y navegó todo lo largo de la costa del Sur hasta el cabo de San Sebastian, descubriendo un hermoso puerto que se llamó, y se llama todavía de Monterey, en honor del virey Zúñiga, que era conde de Monterey.

En 1615, siendo virey el marqués de Guadalcázar, se envió otra expedición á cargo de Juan Iturbi, la cual pecuniariamente fué mas fructuosa que las anteriores, porque visitó con detenimiento los arrecifes y bajos del Golfo, y á su regreso trajo tal cantidad de perlas como nunca se había visto: una de ellas era tan grande y de tan delicado y perfecto oriente, que solo el quinto que correspondia al rey importó novecientos pesos. Ya en ese tiempo había establecidas en la antigua ó Baja-California algunas misiones de religiosos carmelitas.

En Marzo de 1632, Francisco Ortega, con algunos buques, se hizo á la vela para las Californias, y repitió sus viages en los años siguientes de 1633 y 1634; pero nin-

guna cosa particular se refiere de ellos, sino que dejó algunos sacerdotes que fueron enviados por el obispo de Guadalajara.

En 1636 hizo una expedición Estéban Carbonelli, y regresó con un buen acopio de perlas.

En 1642, durante el vireinato del duque de Escalona, pasó á Californias D. Luis Cetin de Cañas, gobernador de Sinaloa, conduciendo á los regulares de la Compañía de Jesús, que fueron por primera vez en esa época á fundar las misiones, y pudieron lograr, dice el obispo Lorenzana [cartas de Cortés], "hasta el día de su expulsión, año de 1767, que fuesen dueños de toda la península, mandasen al capitán y soldados del presidio de Loreto, y estuviesen los militares bajo las órdenes del misionero de esta misión."

En 1644, siendo virey el conde de Salvatierra, se dió á la vela para Californias el almirante D. Pedro Portel de Casanate, y no se dice otra cosa particular de su expedición, sino que se le quemaron dos de sus navíos en la costa de Sinaloa.

En 1665 se organizó otra expedición á cargo de D. Bernardo Bernal de Piñadero, y parece que no hizo mas que recoger los placeres, pues volvió muy rico con la gran cantidad de perlas que recogió.

En 1668 el capitán Francisco Lucenilla armó á su costa una expedición, que llegó felizmente á la Paz; pero tanto Lucenilla como algunos religiosos franciscanos que llevaba en su compañía, fueron despedidos por los jesuitas, y regresaron á las costas de Jalisco, sin haber logrado ninguna utilidad de su viaje.

En 1683 se dió á la vela del puerto de Chacala el almirante D. Isidoro Otondo y Antillon, llevando á bordo al célebre padre jesuita Eusebio Kino, que despues hi-

zo un viaje por tierra desde Sinaloa, y descubrió el rio Colorado.

Por último, en 1768, el visitador D. José de Galvez, comisionado por el virey Croix, pasó personalmente á ocupar los bienes de los jesuitas, estableciendo de nuevo las misiones que desde entónces quedaron á cargo de los religiosos de Santa Cruz de Querétaro y del Colegio apostólico de Zacatecas.

No es nuestro plan referirnos á pormenores históricos muy posteriores á la época de la conquista; sin embargo, respecto de Californias, ha sido preciso avanzar un poco en los siglos siguientes, porque reducidas las expediciones de Cortés á una mera exploración en las costas, no fué sino en la época en que se establecieron las misiones cuando se pudo conocer algo de las costumbres de los pueblos indígenas que vivían en esos países.

La Baja-California es una angosta península de cosa de 300 leguas de largo, que se interpone entre la inmensa mar del Sur y las costas de Sonora, formando el golfo que por tanto tiempo pareció rechazar las naves de Cortés, y al cual dió por fin su nombre. El país está atravesado por una cordillera estéril, y seguramente llena de vetas de plata, y las llanuras que descienden de uno y otro extremo de la sierra hasta el mar, están muy léjos de tener esa constante feracidad de las vertientes de la cordillera de la mesa central. La Nueva ó Alta-California, por el contrario, es un país de proporciones colosales. Profundas, espaciosas y seguras bahías, montañas cubiertas de maderas, valles donde se producen los cereales con abundancia, sabanas verdes y frescas, donde los ganados adquieren un desarrollo asombroso, rios que llevan en su curso arenas de oro; en fin, cuantas riquezas pueden pedirse á la na-

turaleza, y cuanta salubridad puedearsearse en un suelo agradecido y feraz. Así habían adivinado los antiguos conquistadores de la Nueva California, así la describieron los misioneros que plantaron allí los primeros cimientos del cristianismo y de la civilización, y así la han explotado los hombres de la raza anglo-sajona, que se aprovecharon, para adquirirla, de la apatía y de las discordias civiles de los hombres de la raza latina que vivimos en estas regiones, y que, como nuestros antiguos y misteriosos antepasados, estamos entregando nuestro suelo, nuestra riqueza y nuestra nacionalidad á los extranjeros.

Los indígenas que existían en la Baja-California estaban en la mas completa ignorancia, aun de las cosas mas comunes y triviales que sabían los de la mesa central: ninguna tradición sobre su origen, ninguna leyenda ni fábula sobre su peregrinación; en una palabra, ninguna cosa que ligara su presente á su pasado: ignorantes como los animales, casi silvestres como las plantas, apenas podían explicar que en otros tiempos una guerra obligó á los vencidos á abandonar el lugar en que vivían. ¿Cuál fué esa guerra? ¿Cuál era el lugar donde vivían ántes? ¿Cuáles los contrarios de que fueron víctimas? Eso era lo que no podían explicar, como todo, aunque confundido con el cúmulo de años que suponían transcurridos, lo explicaban los mexicanos y texcocanos.

En las provincias de Sonora hemos encontrado una organización, aunque imperfecta, de gobierno, y algunos conocimientos en la agricultura; entre los californios nada de esto había. Vivían reducidos enteramente al gobierno doméstico de la familia, y muy imperfecto, pues en la mayor parte de esas tribus, aisladas unas de las otras, estaba en uso la poligamia. No co-

nocian el cultivo del maiz, ni el del frijol y chile, y se mantenian con raices del campo y con frutas silvestres, siendo el fruto del *cactus* (tunas, pitahayas, biznagas) la base principal de su alimentacion. Mujeres y hombres andaban completamente desnudos, y ninguna utilidad sacaban ni de las pieles ni del pelo de los animales que cazaban: su industria estaba reducida á la construccion de sus armas, y á tejer con la fibra de algunas plantas, redes que los misioneros afirmaban que eran de un trabajo exquisito. Sin embargo, estos pueblos tan pobres, tan faltos de todo recurso humano, y que vivian todavía de una manera mas salvaje que el héroe solitario de Daniel Foe, sabian nadar perfectamente, habian descubierto los criaderos de la perla, sacado y abierto las conchas, y entre sus erizos cabellos y en su ruda piel se veian perlas de gran valor y de hermoso oriente, que los expedicionarios aventureros se apresuraban á recoger para llevarlas á que en las regiones civilizadas adornasen el cuello de las reinas.

Las naciones que habitaban la Baja-California eran seis, segun las investigaciones de algunos misioneros, y tres segun otros; pero solo les llamaron, y les llamaremos nosotros naciones, por la diferencia del idioma, mas no por la organizacion civil, porque, como hemos dicho, no tenian ninguna, sino que cada familia vivia separada, formando una rancharía con sus parientes, y todos juntos, ó separados, cambiaban de lugar cuando les parecia conveniente, ó agotaban los escasos alimentos que producian los campos. Las tres divisiones, ó naciones, eran las de los *Monquis*, *Cochimies* y *Peticues*. Cada una de estas razas hablaba diferente idioma, y probablemente serian dialectos procedentes de alguna lengua madre, que nos es de todo punto des-

conocida: ademas de estas grandes divisiones generales, habia otras rancharías pequeñas, como la de los *Coras*, *Cuagueras*, *Iguanas*, *Outguares* y otras; pero á pesar de la diferencia del idioma, en sus costumbres, en su aspecto físico y en su modo de vivir todos eran iguales, á poco mas ó ménos.

En ninguna parte de la California se encontraron templos, ni vestigios de ruinas, ni el mas leve indicio de que en otros tiempos hubiese habido una ciudad regular. Los indígenas tenian unas nociones religiosas muy mezquinas é imperfectas, y que aun es de temerse que los religiosos misioneros hayan descrito con alguna inexactitud, deseosos, como siempre lo estaban, de encontrar en estas regiones algunos vestigios de la religion cristiana. Los indígenas de Californias, segun refieren los misioneros, creian en la existencia de un gran señor, que llamaban *Niparaya*, y de otro igualmente poderoso, que llamaban *Wac-Tuparran*. El primero era realmente el Dios de la paz, de la mansedumbre y de la bondad; y el segundo era el Dios de la guerra y de la venganza; en una palabra, el Dios del mal. Otro misionero, refiriéndose á los pueblos indígenas que vivian cerca de la mision de Loreto, dice: "que hay en el cielo un Señor, cuyo nombre en su lengua significa el que vive; que sin madre tuvo un hijo á quien dan dos nombres: el uno vale tanto como perfeccion ó término del barro; el otro significa *el veloz*. Ademas de esto, dicen haber otro personaje, cuyo nombre es *el que hace señores*, aunque á todos tres los apellidan con el nombre de Señor. Preguntados cuántos señores hay, responden que uno, que crió el cielo y la tierra, los animales, los árboles y frutos, al hombre y á la muger. Tienen tambien idea de los demonios, porque dicen que

"aquel Señor llamado *el que vive*, crió unos seres que no se ven, los cuales se volvieron contra él, y son enemigos suyos, y tambien de los hombres." Las anteriores líneas, que textualmente hemos copiado del libro escrito por el padre Miguel de Vane-gas, demuestran claramente que toda esta narracion no era mas que una piadosa invencion de los misioneros, que creian encontrar el conocimiento de los misterios y de las tradiciones cristianas en los indígenas del Nuevo-Mundo.

Lo poco que hemos podido referir de los indígenas de California indica bastante que los rastros de las costumbres, de las tradiciones y de la civilizacion, se hacen ménos visibles á medida que las investigaciones históricas se dirigen mas al Norte, hasta que se pierden completamente entre el cúmulo permanente de hielos que circunda al Polo, y allá en las remotas y frias regiones de las nieblas, entre los mares borrascosos, y viviendo en una especie de extraña sociedad con los osos blancos y las focas, parece que se encuentra siempre una semejanza notable entre el hombre antiguo del Norte atravesando en frágiles piraguas los encrespados y frios estrechos, y el hombre salvaje, enemigo de toda sociedad y de toda civilizacion.

A pesar de todos los trabajos que emprendieron las diversas expediciones que, como hemos visto al principio, se enviaron á las Californias, realmente el interior del país, ó lo que se llamó despues Nueva California, no se comenzó á conocer sino hasta el año de 1700, con motivo del viaje que hizo por tierra desde Sinaloa hasta el rio Colorado el padre Eusebio Kino. Este hermoso y extenso país, tan lleno de riquezas, y que se ha hecho tan célebre en el mundo desde que pasó al dominio de los norteamericanos, permaneció desierto y

salvaje quizá desde los tiempos del diluvio hasta hace pocos años.

Tampoco encontraron los primeros conquistadores que penetraron en el país, vestigio alguno de naciones organizadas y poderosas, ni ruinas notables que indicasen que en otros tiempos hubiesen existido pueblos civilizados. En las serranías fértiles y llenas de animales de caza, de manantiales de agua y de algunas frutas y vegetales alimenticios, encontraron los misioneros á las tribus de los *Cuñeil*, *Guañavepe*, *Ahuachaches*, *Japieles*, *Baquiopas* y *Guattas*; pero estas tribus, lo mismo que las de la Baja California, no tenian residencia fija, ni pueblos formados, ni gobierno alguno establecido. Vivian en las grietas de las montañas ó en miserables cabañas de lodo, que mas bien parecian á los nidos de los hurones; ó lo que era mas comun, vagaban en busca de los animales de caza, y donde les sorprendia la noche, allí era su pueblo, su casa y su hogar: cada una de estas tribus hablaba un dialecto distinto; pero sus costumbres, sus imperfectas creencias y aun su aspecto físico, eran muy semejantes. A los principios resistieron tenazmente las invasiones que hicieron los españoles en las costas, y mataron á cuantos pudieron haber á las manos; pero mas tarde se sometieron enteramente á los misioneros, los cuales lograron que permaneciesen en paz y en quietud por muchos años, que aprendiesen la cultura de las tierras, y que adquiriesen algunas nociones de la religion cristiana; otras tribus, que no mencionamos por no hacer mas difuso este escrito, se remontaron á lo mas intrincado é inaccesible de las sierras, y continuaron desde entónces hasta el dia, su vida libre y salvaje.

Para concluir este capítulo, diremos una palabra sobre el nombre de estas provin-

cias. Los autores que han escrito sobre esto hacen derivar el nombre de Californias de *Cálida fórnax*, é infieren que por el mucho calor que experimentaron los primeros que pisaron por primera vez sus playas, hicieron de estas palabras latinas una nueva, que indicaba bastante la naturaleza del clima. Me parece esta versión violenta, inexacta y completamente falsa. Si tal hubiese sido, en efecto, la etimología de Californias, de seguro toda la América se habría llamado de la misma manera, porque en las costas de Veracruz, Campeche y Acapulco hace sin duda más calor que en la Paz ó en San Francisco; mas

sea de esto lo que fuere, ese nombre sonoro y mágico hoy, porque es un sinónimo del oro y de las perlas, es el que le dieron hace muchos años los primeros descubridores, que corrieron la mala suerte de todos los que emprenden grandes cosas, cuyos resultados y cuyas ventajas se recogen por las generaciones venideras. Cortés gastó en Californias una parte considerable de su plata, para que al cabo de más de trescientos años los americanos, realizando las fábulas que se contaban en España, recien hecha la conquista, no tuviesen más que el trabajo de inclinarse al suelo para recoger montones de oro puro.

ARTICULO 9.º

ANAHUAC.—MÉXICO.—TENOCHTITLAN.—AMÉRICA.

Atl, en idioma nahuatl, quiere decir "agua," y *tloc*, "junto;" así, guiándose simplemente por el significado de las palabras, podríamos decir *Atlaloc* ó *Atltloc*, "junto ó cerca del agua;" pero este idioma tiene su estructura característica. *Nahuac* quiere decir también *junto*, *cercano*, *próximo*, *conmigo*: añadiéndole una *a* en el principio, se forma la voz *Anáhuac*, que expresa entonces esta idea: *junto al agua*, *cercano al agua*; sin que pueda explicarse la razón de esta combinación de palabras, á la que bien podríamos llamar, creando una voz nueva, *nahualismo*; es decir, modo de com-

binar las palabras, propio del idioma nahuatl. Otros *nahualismos* semejantes se encuentran en las siguientes palabras; *inyuh nah*, "mi agua," *ahua*, "dueño de agua," en las cuales, ni al principio ni al fin, aparece la voz *atl*. En otros aparece la composición de una manera muy natural, como en la palabra *Atlixco*, compuesta de las voces *Ixco*, "encima," y *atl*, "agua;" "encima del agua." Difícilmente se puede entrar hoy en una investigación sobre este punto; pero creo, sin embargo, que la palabra *Anáhuac*, que no se encuentra en el diccionario de Molina, es una de tantas

mal compuestas, ó escritas con incorrección; y que siguiendo la índole del idioma, la correcta sería *Anáhuatl*, "cerca del agua," ó tal vez *Atlnáhuac*, para que así tuviese mayor semejanza con la composición que forma la palabra *Atlixco*. Quizá se pronunciaba tan suave é imperceptiblemente la primera sílaba, que al escribirse, quedó eliminada la *tl*, y solo representado el primer sonido por la letra vocal.

Los primeros pobladores que hablaban *nahuatl* y que llegaron á las orillas de los lagos del valle, dieron seguramente á la tierra el nombre de *Anáhuac*: atendido el significado de la palabra, es probable que á toda tierra que tenia en su vecindad el mar ó algun lago, la llamaron *Anáhuac*. Pero fuera de esa generalidad, se conocían y distinguían tres *Anáhuac*: el primero era *Anáhuac-Ayotlan*, nombre con que se designaba la parte de la costa del Océano Pacífico, comprendida entre Tutotepec y Guatemala: el segundo, *Anáhuac-Xicalanco*, que determinaba la tierra donde se establecieron algunas de esas tribus que se internaron de la mesa central á la costa; y el tercero y más conocido era el terreno que al derredor de los lagos ocuparon los toltecas, chichimecas y mexicanos. El Sr. Alaman (Dis., tomo I.) dice que es muy dudoso que este nombre de *Anáhuac* se aplicase á todo el continente: yo por el contrario creo, que establecida la dominación de los mexicanos de una á otra costa, es más probable que por ostentación, y sin que perdiese la palabra nada de su significado, llamasen *Anáhuac* á todo el territorio que comprendía el imperio. En el curso del tiempo, no solo se aplicó esta palabra que es tan fácil y tan sonora á los dominios antiguos de Moctezuma, sino á todo el continente, desde Guatemala hasta

Californias, que los españoles llamaron después Nueva-España.

La palabra *México*, es más moderna: ella data de la llegada de los mexicanos á los lagos, mientras que la anterior se encontraba ya usada entre los xicalancas. El verdadero origen de la palabra con que se denomina hoy una nación entera, y la más considerable de las Américas españolas, es bien dudoso é incierto. Don Alvaro Tezozomoc dice en su historia de México: "Estos indios se llaman á sí mismos con el nombre de *Aztlantlacas* (por su procedencia de *Aztlan*). Se les llamaba también *Aztecas Mexiton*, de cuyo nombre nosotros derivamos el de *mexicanos*."

El dios *Huitzilopochtli*, que, según el mismo cronista, conversaba con ellos y los conducía en su peregrinación, cada vez que se ponía en marcha les decía: *Cara achitonca ton nenemica mexiatl*; lo que según él mismo, quiere decir: "Vamos, mexicanos, que nos acercamos á nuestros destinos."

Otros escritores asientan, que el nombre de México viene de *Metzli*, que quiere decir, *mes* ó *luna*, pues habiendo llegado las gentes de *Aztlan* al lugar donde finalmente debían fijarse, la luna les alumbró el lago, en cuyas islas determinaron residir. Del nombre de este astro dieron á ese lugar el de *Metzli*, del cual, por corruptela, se hizo en lo sucesivo *México*: esta tradición, sin saberse por qué, parece la menos probable.

Clavijero se inclina á creer que México proviene de *Mexitli*, nombre que también daban á su *Marte* ó *dios de la guerra*, y comprueba esta opinión con el nombre compuesto de *Mexicaltzingo*, "templo ó casa de Dios."

Torquemada dice que la palabra *México* viene de *Mexitli*, que significa el corazón